

CANTO RODADO

Manuel Silva Acevedo

Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1995

Lobos y ovejas (1976) y *Señal de ceniza* (1995), hacen *Canto rodado*, la nueva publicación de Manuel Silva Acevedo, poeta perteneciente a la generación chilena del sesenta. Dos libros con más de veinte años de distancia entre sí (*Lobos y ovejas* fue escrito en 1972 o tal vez antes) pero que poseen profundas afinidades.

Tanto el uno como el otro incursionan en el tema de la transfiguración: en el primer libro tenemos a la oveja que quiere ser lobo y viceversa: “*Hay un lobo en mi entraña / que pugna por nacer / Mi corazón de oveja, lerda criatura / Se desangra por él*”. El uno añora a su contrario (el otro) y así fundan una agonía. La poesía misma se vuelve agónica y transforma esa lucha en su propia reflexión: “*Si me dieran a optar / sería lobo / pero qué puedo hacer si esta pobre pelleja / no relumbra como la noche negra / y estos magros colmillos no muerden ni desangran*”. La transfiguración de la que hablo nace como fruto de un deseo que, como tal, a veces se vuelve inexplicable. Esa “inexplicabilidad”, a lo largo del poema, asume la forma de resonancias infinitas. Con razón habla, al referirse a este texto, el crítico Grínor Rojo, señalando que *Lobos y ovejas* es “una caja de resonancias finísimas en la que los ecos del principio se siguen oyendo hasta el final y en la que los del final se empiezan a oír desde el principio”. (Grínor Rojo en “Con motivo de la publicación de un célebre inédito”, en Ricardo Yamal: *La poesía chilena actual (1960-1984) y la crítica*, Ed. LAR, 1988). Se trata, en efecto, de un poema que posee gran unidad de tono; es un monólogo siempre reconocible a lo largo de sus páginas y es, también, un doloroso viaje: “*Yo, la obtusa oveja, / huía tropezando con mis hermanastras / El lobo nos seguía acezando / Y entonces yo, la oveja pródiga, / me quedé a la*

zaga / El lobo bautista me dio alcance / Se me trepó al lomo derribándome / y enterró sus colmillos en mi cuello". Ciertas referencias al lenguaje religioso, éste también transfigurado mediante el uso de algunas fórmulas coloquiales y del lenguaje amoroso, inscriben a Silva Acevedo en una vasta tradición de la poesía occidental, que en Chile tiene, entre otros, el ineludible antecedente de Gabriela Mistral.

Esto último sirve de pivote a la hora de abordar la otra sección de *Canto rodado*, llamada *Señal de ceniza*. Aquí, es la transfiguración del dolor la que recorre sus páginas. No por casualidad los epígrafes que inician cada una de las secciones en que está dividido el poema fueron extraídos del libro de Job, personaje bíblico que es el arquetipo del dolor en el mundo cristiano. Pero no se trata, como muchos pueden creer, de un dolor resignado. En Job y en Silva Acevedo el sufrimiento es vivido intensamente y los reclamos de ambos pueden tomarse como blasfemias: "*Escupo al cielo / mis blasfemias se deslizan como / lenguas de fuego / sobre fragmentos de la última cena*". La palabra es aquí vehículo de una búsqueda agónica en la que se envuelve no sólo el hablante sino que, también, sus lectores. Podemos, pues, llegar a momentos de honda reflexión y a impresionantes lamentos amorosos: "*Brotó el desamor como malezas / entre las losas fúnebres / puñados de ceniza en la hura / de la memoria*". Tal como en San Juan, los poemas de Manuel Silva Acevedo nos hablan de Dios y también del cuerpo. No se trata de alegorías sobre el amor de Cristo a la Iglesia, sino que, sencillamente, de poemas escritos desde una visión religiosa o numinosa, desde un pasado sin fechas: "*Cambió en mi cama tu olor de mujer / por el extracto de mi osamenta / Puedo oler el hato de mis huesos / cobijados entre las sábanas*".

MARCELO PELLEGRINI
Universidad Católica
de Valparaíso